

PERSPECTIVAS AMERICANAS

Este año de 1971 celebraremos el Sesquicentenario de Carabobo. Pero hay más. Este es un año especial para reflexionar sobre el proceso histórico seguido por las naciones hispanoamericanas después de su libertad política. En efecto, hay otros sesquicentenarios que completan el de Carabobo. Por una parte, la unión a la República de las últimas provincias fieles a España (Coro y Maracaibo) y la conmemoración del año en que se escribe la primera Constitución de la Gran Colombia. Por otra parte, no podemos olvidar el aniversario de la muerte de Juan Germán Roscio, el Jefferson venezolano, autor de la declaración de independencia y de la mayoría de los documentos ideológicos de la primera República.

La Revolución emancipadora había triunfado prácticamente en toda América. La toma del poder por parte de los liberales españoles, con Riego a la cabeza, mantenía en España el ejército colonial que se disponía a embarcar para América; todo facilitaría la victoria final. Se había verificado el nacimiento; era hora de empezar a actuar con una nueva vida llena de esperanza. La lucha militar había sido un medio, no un fin en sí misma. Quedó grabada como una epopeya preciosa, pero efímera.

Era el momento de construir. Cuatro elementos fundamentales deberían ser los pilares de la nueva sociedad: un andamiaje político acorde al medio, una libertad espiritual basada en la propia identidad nacional, una igualdad para los pueblos y una sólida fundamentación de la economía nacional. Analizaremos brevemente la realización de estos ideales desde una perspectiva global hispanoamericana.

Inestabilidad política

El 25 de junio, desde el cuartel general de Valencia, comunicó Bolívar al presidente del Congreso General, reunido en Cúcuta, el éxito de la batalla de Carabobo. Comenzaba diciendo: "Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia."

Los constituyentes, plétóricos de entusiasmo, creen que la desaparición del régimen opresor iba a dejar el camino expedito y preparado para el funcionamiento de un sistema renovador.

Todavía el optimismo y la euforia post-bélicos impulsaban a creer que se daría con la Constitución perfecta. Bolívar, sin embargo, recomendaba que fuera adaptada al medio real y no se convirtiese en una utopía ingenua. La herencia colonial les predisponía a emborronar el papel con bellas leyes abstractas que servirían de espejo y no de motor.

Un fracaso legislativo hispanoamericano, por falta de realismo, ha sido dramático. Se redactaba una Constitución e in-

* El autor de este trabajo es Profesor de Historia de América Contemporánea en la Universidad del Zulia.

mediatamente, vista su inadaptabilidad, se escribía otra. Se esperaban efectos mágicos de la ley, como si fuese algo parecido a los dogmas de la Iglesia.

Cada Constitución parecía convertir inmediatamente a la nación respectiva en una sociedad justa, ilustrada y floreciente. Si no había señales de esta deseable transformación, era ello prueba evidente de que la Constitución tenía algún defecto y debía cambiarse. Esta creencia duró más de un siglo y se da el caso insólito de que las diversas naciones hispanoamericanas, con excepción de Chile y su Constitución de 1833, tendrán un promedio de 15 Constituciones por país. Dicho de otro modo, en 150 de vida independiente, se cambió de Constitución cada 10 años.

Este caos legislativo, plasmación de tantos ideales encontrados (unionistas contra federalistas, católicos contra librepensadores, libertad total contra esclavitud condicionada, voto restringido contra voto general) no permitió conformar el Estado de derecho, reconocido por todos, que fuera impulsador de la nueva sociedad y no una rémora.

Todos los libertadores fracasaron en su intento por encauzar a la nueva república. Lo que se ganó en el campo de batalla se perderá en las luchas palaciegas.

Crisis de identidad nacional

En el orden de las grandes ideas motrices circula por el subcontinente, principalmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la idea de quiénes somos y quiénes debemos ser.

Una vez más, un venezolano ilustre procuró dirigir sin ser oído las mentes pensantes de América: Andrés Bello. Desde su sede chilena no se cansaba de predicar su doctrina realista, a lo Portales. La emancipación política sólo podría completarse con la emancipación mental y la herencia española (biológica y cultural) pertenecía ya a la esencia de lo americano. Hay que aprovechar los mejores elementos del pasado español para construir el futuro independiente. En ese fin de siglo, en que lo normal era denigrar la obra de España, y achacar a la antigua metrópoli todos los males del presente, Bello defendió con denuedo la tesis de la continuidad. Señaló que las mismas cualidades de energía, sacrificio, resistencia y heroicidad con que los criollos habían lle-

San Martín, Bolívar, Sucre, O'Higgins, Artigas, Iturbide, desaparecerán del campo político por muerte violenta o destierro voluntario o involuntario. Tendrán todos la sensación bolivariana de haber arado en el mar.

Recordemos el caso de México: 30 años después de la independencia, en la época prejuarceciana, tuvo 45 periodos presidenciales, cien pronunciamientos, tres constituciones (1824, 1836, 1853), tres intervenciones extranjeras (España, Francia, USA), perdió la mitad de su territorio, la producción industrial bajó a la mitad de la producción de la época colonial, las tres cuartas partes de su presupuesto las consumía el ejército, y la Universidad, orgullo de la colonia, estaba clausurada desde 1833 y las masas se encontraban sin ninguna clase de educación.

Esta era la situación de México, el antiguo gran Virreinato. Perú, para citar al otro excoloso, tuvo en el año 1838 hasta siete presidentes simultáneos, enarblando Constituciones distintas: Santa Cruz, Gamarra, Orbegozo, Riva Agüero, Tristán, Nieto y Vidal.

Uniendo a esto la atomización regional, con la mitad de los países que apenas llegaba al millón de habitantes en la época inicial de su vida republicana libre, el panorama político no podía ser más caótico:

vado a cabo la independización eran cualidades hispánicas y que América Latina "sólo hallaría su propia senda hacia el futuro si continuaba alimentándose de la cultura que le había nutrido hasta entonces".

Los ideólogos marchaban por otro camino. Lastarria, Bilbao, Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Montalvo, Juárez, etc., renegaban de todo lo español. Las palabras de Echeverría son decisivas: "El cuerpo se ha emancipado; pero su inteligencia no. Somos independientes, pero no somos todavía libres. Los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abruman."

Lastarria llama a toda la educación hispánica, y particularmente a sus universidades, "monumentos de imbecilidad". Bilbao llega a querer demostrar que el catolicismo está unido consustancialmente con la monarquía o la dictadura y es enemigo formal del republicanismo. "Este dualismo de Suramérica nos destruirá si hacemos que prevalezca una de las dos posiciones:

DE CARABOBO

o el catolicismo triunfa y la monarquía y la teocracia se enseñorean de América, o el republicanismo triunfa, enseñoreándose en la conciencia de todo hombre la razón libre y la religión de la ley."

Podríamos citar párrafos de los autores más renombrados de fin de siglo, que nos demostrarían la desorientación de las segundas generaciones libres de América en la búsqueda de su identidad. Se emborriona papel y más papel con entelequias como civilización y barbarie, ciudad y campo agreste, llegando por un proceso de desmitificación a mitificar a los Mártires Fierros y Segundos Sombras. Las luchas ideológicas eran estériles por abstractas

y la demagogia presentaba ideas jamás personificadas totalmente en el ámbito real hispanoamericano.

Fue tal la falta de sinceridad, que todo parecía tener su raíz en factores externos a la sociedad del momento: la entrega económica a otros países, la falta de estabilidad política y aun el dualismo cada vez más diferenciado. Los países se libraban así de toda responsabilidad. Las causas estaban en la herencia hispánica, en la mezcla racial, en el catolicismo, en la inmensa geografía. El fatalismo asomaba como el mayor peligro para las repúblicas hispanoamericanas.

Desigualdad social

El pueblo participó en la gesta emancipadora. Se le prometió tierras y la abolición de la esclavitud. En la segunda mitad del siglo XIX, el latifundismo creció en manos de antiguos terratenientes y de un grupo emergido del pueblo a través del ejército. Rápidamente se aglutinaron en forma de oligarquía dominante. Una vez asentados, no hubo mayor problema en dar libertad a los esclavos; resultaban más baratos como peones.

La demografía empezaba a su vez a jugar una mala pasada a los nuevos países. La población se triplicó a fines del siglo XIX. En todas partes se fueron constituyendo lo que alguien ha llamado las

cien familias dominantes que a su vez se enlazaban con el exterior incluso en forma de uniones familiares.

Una vez más, a modo de ejemplo, el México de Porfirio Díaz: 3.000.000 de peones siervos analfabetos y con un sueldo cuyo poder adquisitivo era la mitad de lo que compraba un peón en la colonia; 834 grandes propietarios disponían de toda la tierra laborable mexicana.

Sóla la incipiente industrialización, la inmigración, la burocracia y el pequeño progreso social harán surgir en el siglo XX una raquítica clase media que en el más optimista de los cálculos no llegará hoy a un 26% de la población total.

Dependencia económica

La economía inicial de la postindependencia era semifeudal en el interior. Las exportaciones de productos agrícolas y ganaderos era realizada por consorcios extranjeros. A mediados del siglo XIX la exportación de las enormes riquezas continentales aumenta grandemente al socaire de la industrialización mundial. Las minas y fertilizantes (guano y salitre) caen en manos inglesas; los ferrocarriles, considerados como la base de toda civilización, son abiertos por ingleses desde Patagonia y los Altos Andes hasta el desierto de Sonora y el Río Grande. Los empréstitos que recibían los países americanos eran negociados normalmente por el Banco de Inglaterra.

A fines de siglo, durante el porfiriato, el comercio exterior de México era en sus tres cuartas partes inglés.

El año 1870, Perú, en plena exportación

guanera, adeudaba a Inglaterra 37 millones de libras, cantidad superior a la totalidad de su presupuesto anual.

Después de la "liberación" de Cuba en 1898 y entrando en el siglo XX, los Estados Unidos, que habían aparecido tímidamente durante el siglo XIX, se vuelcan en la América Latina. Ven que la conquista territorial directa no les interesa, con excepción de lugares estratégicos, y se lanzan a la conquista vampiresca de las riquezas de los débiles países del Sur. Cuando se plantea a principios del siglo XX la posibilidad de la conquista del México revolucionario, el secretario de Estado, Seward, dice: "México debe ser conquistado por la inmigración (capitales, hombres) y no por la espada."

La técnica inicial fue: 1º Absorber las deudas hispanoamericanas a otros países. El año 1900 Hispanoamérica debía a USA

500 millones de dólares. En 1914, al empezar la primera guerra mundial, eran 8.000 millones.

2º Invertir. En 1900, en la zona del Caribe, había 255 millones y para 1929 eran ya 2.415 millones.

3º Vincular las grandes fortunas hispanoamericanas al sistema económico yanqui metropolitano.

4º Fomentar el monoproducción bajo capa de mayor especialización y mayor rendimiento.

Las dos ingentes guerras mundiales, al suprimir la posible competencia europea en América, quedó ésta a merced absoluta de los Estados Unidos, por otro lado, convertidos ya en la primera nación del orbe.

Las advertencias de Bolívar, Martí y Rodó se cumplieron al pie de la letra. Su nuevo imperialismo nos aplasta hoy más que la antigua opresora España.

No cabe la menor duda de que los historiadores modernos, al revisar la epopeya independentista y, sobre todo, los frutos cosechados inmediatamente, sienten un complejo de frustración. Algo así como si la Revolución francesa hubiera continuado con la época napoleónica y la Restauración, prolongadas hasta nuestros días. El pesimismo vital del indio americano estaría latente y consustanciado con la esencia de la hispanoamericano. Sería la venganza del vencido. Es triste, una vez desmitificado, nuestro pasado. La nueva etapa de la Revolución mundial y la descolonización a escala universal pueden ayudar a corregir sustancialmente nuestro rumbo, volviendo al punto de partida de Carabobo. Podría ser el mejor fruto de la conmemoración sesquicentaria.

Necesitamos leyes acordes a nuestro medio. Leyes dadas para la mayoría y no para el grupo selecto alienado y extranjerizante que presenta una fachada de nacionalismo agresivo y arrogante.

Es hora de identificar lo hispanoamericano con valentía y decisión. El mundo negro, el árabe, el chino, lo están haciendo. Esa será la base para una posible unificación política futura que se fundamentará sólidamente en la unión cultural.

La igualación social es problema mundial y el que no ruende hacia algún tipo de socialismo está fuera del carro siempre móvil de la historia. Hay que distribuir equitativamente la riqueza producida por todos y que es de todos. La independencia económica sucesiva de España, Inglaterra y los Estados Unidos nos mantienen en un estado permanente de menores de edad. Mientras perdure, hará imposible nuestro orgánico desarrollo libre.

Ha sonado la hora del nuevo Carabobo y el pueblo cósmico de Vasconcelos (indios, españoles y universales) se apresta a recoger el triunfo total deseado por nuestros geniales cuanto fracasados libertadores.